

Las resquebrajaduras de Babel, o el problema de la crítica literaria y la poesía

Eduardo Chirinos
eduardo-chirinos@mso.umt.edu

Es mejor que bajemos a confundir su idioma,
para que no se entiendan entre ellos

Génesis xi, 7

En el capítulo VII del primer libro de *De vulgari eloquentia* Dante Alighieri ofrece una curiosa lectura de las consecuencias producidas por la destrucción de la torre de Babel: “Cada lengua quedó circunscrita a los que cuidaban de una sola faena; esto es, un idioma para los arquitectos, otro para los que hacían girar las piedras sillares, un tercero para los que labraban, y así a cada sector de los que trabajaban. El género humano quedó dividido en tantos idiomas cuantas eran las variedades de trabajo en la misma obra”.¹ Esta justificación alegórica del toscano como lengua literaria ante la fragmentación de un latín prebabélico tiene el mérito de adelantarse en varios siglos a los problemas derivados de la división del trabajo, en particular a una de sus consecuencias más alarmantes: la autonomía de las disciplinas académicas y la proliferación de los lenguajes técnicos. Ni siquiera la buena voluntad de Dante impide percibir el oráculo de un problema del que no escapan ni siquiera sus propios comentaristas, pero

¹ Dante Alighieri, *Obras completas* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1980), 751.

en pleno siglo XIII Dante no podía sospechar que el hecho de proponer como problema el lenguaje de la crítica literaria es ya un reconocimiento de la brecha existente entre la teoría y lo que por comodidad llamaremos lector común.

Jamás he sentido esa vergonzosa esquizofrenia que, según algunos, opone la enseñanza y el estudio de la literatura a la fatalidad de la creación literaria, pero debo reconocer que no es en la soledad de la escritura donde asoman las resquebrajaduras de Babel, sino en las aulas de la universidad, donde se imparte y circula el saber teórico. Como la de muchos hispanoamericanos, mi formación teórica empezó cuando ya se encontraba zanjado el conflicto de “las dos críticas” señalado por Barthes: la universitaria, que seguía en lo esencial un método positivista, y la interpretativa, cuyo acercamiento a la obra literaria se vinculaba a una de las grandes ideologías, marxismo, psicoanálisis, fenomenología, existencialismo, etc.² Para los de mi generación este conflicto podría parecer un poco extraño, pues en las últimas cuatro décadas la universidad ha sabido apropiarse de la segunda crítica, abriendo las puertas a conflictos ideológicos derivados de cada opción particular. Cualquiera podría trazar la secuencia de dichas opciones: finales de los setenta, últimos estertores de la crítica sociológica y de la estilística, moda del estructuralismo y de la semiótica, teoría de la recepción; años ochenta, *revival* de la crítica psicoanalítica, aparición de Lacan, crítica feminista; años noventa, entronización de Lacan y Foucault, postestructuralismo, desconstruccionismo, moda de los estudios culturales. Escuelas más, escuelas menos, todas ellas se proponían como el aprendizaje de un lenguaje secreto que demandaba una toma de posiciones muy parecida a la política: se era estructuralista o estilístico como se era de izquierda o de derecha. Todo eso era muy divertido, pero años después ya nadie lee (como no sea en un curso de historia de la teoría) a Greimas ni a Dámaso Alonso, y sólo la poesía, como el río del soneto de Quevedo, “permanece y dura”.

² Roland Barthes, *Ensayos críticos* (Barcelona: Seix Barral, 1967), 293-299.

La alusión a Quevedo no pretende zanjar la discusión inclinando la balanza en favor de la inocente poesía, tampoco proponer la teoría como un estorbo (ya Terry Eagleton observó que aquellos que dicen trabajar mejor sin teorías se hallan dominados por una teoría anterior), sino señalar otra brecha tan radical como la que existe entre el lenguaje especializado y el profano: la del ejercicio de la literatura y su teorización. Muchos dirán que se trata de actividades diferentes y diferenciadas, pero —como diría el cómico mexicano— “ahí está el detalle”, pues los usuarios del discurso teórico son (o deberían ser) los que buscan dialogar abiertamente acerca de sus lecturas, y eso incluye también a quienes escriben literatura, pues nada hay más legítimo que confrontar sus propias especulaciones con las de aquellos que proponen nuevos rumbos interpretativos (o descriptivos, da igual). Lo contrario resulta en la autofagia estimulada por la industria académica: centenares de libros, tesis, artículos, revistas y ensayos producidos para aquellos que manejan debidamente la jerga de turno. Este exceso no conduce “al palacio de la sabiduría”, como quería Blake, sino al gasto inútil que resulta de la entronización de las modas y la muerte de los discursos considerados inoperantes por el mercado académico.

Esta especialización de roles distingue el discurso académico de la crítica ejercida por los periódicos y revistas; dos espacios que tradicionalmente se han llevado muy mal: si el primero acusa a la segunda de superficial y de estar sometida a la presión de las grandes editoriales, la segunda acusa al primero de hallarse fuera de la realidad y de cultivar una jerga cada vez más exclusiva y excluyente. Tal vez tengan razón, pero muchas veces los mejores reseñistas y comentaristas son precisamente aquellos teóricos que deciden bajar al llano y probarse semana a semana con un público más amplio. Salvando las distancias, lo mismo podría decirse de la crítica ejercida por los creadores, quienes muchas veces transfieren a las obras de otros las claves necesarias para comprender las suyas propias. Contra lo que suponen críticos como Northrop Frye (quien le puso una B+

a Wordsworth por el prefacio a sus *Lyrical Ballads*) no se trata de algo necesariamente negativo: un escritor que hace crítica hace uso legítimo de su saber literario y de sus propias experiencias de lectura. Un escritor no debe temer el ejercicio de la crítica, ni dejar que los críticos se lo impidan en nombre de la especialización de los saberes; además, al margen de la visión teórica por la que hayan optado, ¿quién no lee con provecho y renovado placer las reflexiones de T.S. Eliot, William Carlos Williams, Octavio Paz, César Vallejo, Pedro Salinas, Paul Valéry, o del mismo Baudelaire?

Sin embargo la desconfianza persiste: ¿qué hace un académico escribiendo en el suplemento de un diario? ¿Qué hace el escritor metiéndose a crítico? Ambas quejas (cuya versión vulgar es la archisabida monserga de “zapatero a tus zapatos”) son sintomáticas de la terca negativa a reparar las resquebrajaduras de Babel y la voluntad de defender, con uñas y dientes, el espacio concedido por la división del trabajo. Pero volvamos a la poesía y arriesguemos una modesta hipótesis que formularé bajo la especie de una pregunta: ¿si, a pesar de su escepticismo y de su capacidad para registrar resquebrajaduras y silencios, la poesía fuera el lenguaje anterior a Babel? Esta sospecha no me asaltó releendo ningún ensayo teórico, ni siquiera un poema de Mallarmé, sino una novela de Cervantes. Me refiero al famoso discurso del Quijote ante el Caballero del Verde Gabán que aparece en el capítulo xvi de la segunda parte, y que me permitiré citar *in extenso*:

La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de

inestimable precio; hala de tener, el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, o en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo. Y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo.³

Si olvidamos el galante recurso de asociar la poesía con una “tierna doncella”, descubriremos con no poca sorpresa la clarividencia de Cervantes en relación al sentido de la poesía, al lugar social que ocupa y a su destino histórico. Para comenzar, el discurso subraya la impermeabilidad de la poesía al asedio de cualquier especialización: no se trata de cualquier ciencia (algunos párrafos antes el hidalgo se preguntaba si a la poesía “se le puede llamar ciencia”), sino de *la* ciencia a la que deben servir las otras. Se trata de un saber que mantiene en su dominio todos aquellos saberes que, andando el tiempo, desarrollarán con éxito su propia autonomía. Acto seguido, ofrece una defensa de la poesía como discurso ajeno a las regulaciones del mercado y a sus escasas posibilidades lucrativas. Por último, alude sin ninguna concesión (pero tampoco sin ninguna nostalgia) a lo que todos sabemos: que la poesía siempre ha sido y seguirá siendo leída por pocos. La fama, de acuerdo con don Quijote, no se consigue contraviniendo las exigentes virtudes de esta ciencia, sino más bien aceptándolas. Y bien mirado, ¿qué poeta en su sano juicio espera ser leído por multitudes, ganar muchísimo dinero y especializar su poesía hasta el punto

³ Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha* (Madrid: Edición de IV Centenario, Real Academia Española / Alfaguara, 2004), 668.

de convertirla en un estanco impermeable de su actividad creadora? Sobre los dos primeros puntos se ha discutido bastante y esta vez los pasaré por alto, el tercero me interesa porque toca carne en un asunto que me ha inquietado siempre, y que tiene que ver con la incomodidad de muchos cuando se les llama “poetas”. Que yo sepa, a ningún ingeniero, doctor o astronauta le inquieta que se le llame por su profesión, pero ser llamado “poeta” invita a un levantamiento de hombros cuando no a una justificación del tipo “a veces escribo poemas, pero en realidad soy abogado”. Tal inquietud se explica menos por los prejuicios populares que asocian la poesía con la bohemia, el alcohol y la mala vida (que afecta por igual a los ingenieros, a los doctores y a los astronautas), que por la comprobación de que el poeta (a diferencia del ingeniero, el doctor y el astronauta) nunca tendrá una respuesta satisfactoria y definitiva acerca de su objeto: con la notable excepción de Bécquer, quien supo salir muy bien del paso, todos los poetas han experimentado alguna vez el malestar que produce la pregunta “¿qué es para ti la poesía?”. Muchas veces me he preguntado por qué, y he llegado a la conclusión provisional de que todo poeta sabe íntimamente que nunca es *solamente* poeta. Debería ser más radical y decir que todo poeta sabe que *nunca* es un poeta, sino simplemente alguien que corteja (o se deja cortejar por) las otras ciencias, y que el acto de escribir poemas es la más justa restitución de un lenguaje usuario, por derecho propio, de las otras ciencias llámense psicoanálisis, antropología, medicina, historia, zoología y —¿por qué no?— literatura y teoría literaria.⁴ Un poeta que lee solamente poesía es una proyección

⁴ A nadie sorprende que —una vez adentrado en los misterios de una ciencia— surjan insospechadas relaciones con la poesía, e incluso la comprobación de que la poesía ya había enunciado previamente esos misterios. Italo Calvino lo ha dicho con estas palabras que Cervantes hubiera aprobado: “En el universo infinito de la literatura se abren otras vías que explorar, novísimas o muy antiguas, estilos y formas que pueden cambiar nuestra imagen del mundo... Pero si la literatura no basta para asegurarme que no hago sino perseguir sueños, busco en la ciencia alimento para mis visiones”. *Seis propuestas para el próximo milenio* (Madrid: Ediciones Siruela, 1989), 23.

imaginaria de aquellos que nunca leen poesía: la romántica y sabia respuesta de Bécquer es válida también para el universo de lecturas que visitan diariamente los poetas, cuya única particularidad es la de ser sensibles a la inmortalidad que acecha detrás de cualquier ciencia. En 1936 lo dijo Borges de Sir James Frazer: “No es imposible que las ideas del doctor Frazer caduquen irreparablemente algún día. O ya estén declinando; lo imposible, lo inverosímil es que su obra deje de interesar. Rechacemos todas sus conjeturas, rechacemos todos los hechos que las confirman y la obra seguirá siendo inmortal”.⁵ Lo mismo podrá decirse en el futuro de los ensayos de arte de Victor Stoichita, de los relatos neurológicos de Oliver Sacks, de las especulaciones filosóficas de Giorgio Agamben o Slavoj Žižek. Ellos siempre estarán en condiciones de decirnos algo, incluso después de la destrucción de cualquier Babel y la muerte de cualquier teoría.

El lector atento habrá advertido una sutil diferencia entre el teórico de la literatura y el hacedor de literatura: si el primero opera por especialización, es decir por la cancelación y revisión constante de los saberes previos, el segundo opera por restitución y renovación de estos saberes. Ambas operaciones —que funcionan en direcciones opuestas— pueden darse en una misma persona, pero la ósmosis será inevitable: del mismo modo que cada poema, como quería Ricardo Reis, nos recuerda que existió Homero, cada poema reclama su propio acercamiento teórico. No se trata de postular una ecléctica y conciliadora corrección crítica, tampoco una puesta al día de la crítica “Ni Ni” (ni objetiva ni ideológica) denunciada en su momento por Barthes, sino de saber escuchar el reclamo de cada poema, de reconocer que cada poema nos sitúa, aunque sea unos instantes, antes de la destrucción de Babel. Esto último podría parecer una frase si no fuera por el convencimiento de que un poema nunca se comporta como el punto de llegada

⁵ Jorge Luis Borges. “*The Fear of the End in Primitive Religion*, de James Frazer,” en *Textos cautivos. Obras completas, 1975-1988* (Buenos Aires: Emecé Editores, 2005), 4:249-250.

E. Chirinos, Las resquebrajaduras de Babel...

de una tradición, sino más bien como su punto de partida: las aguas del río de Manrique nos conducen al río infinito de Heráclito, al Río Azul de Li Po y al río de los salmistas del Antiguo Testamento; pero también al río Charles de Borges, al río Congo de Conrad y (el orden no importa) al Tíber de Quevedo. Así, subterránea y calladamente, la poesía permanece y dura cumpliendo su modesta labor de ser el lenguaje en el que se entienden los hombres. De allí su majestuosa humildad, su perenne y siempre frágil grandeza.